

CAPÍTULO XXI.

Vida futura.

I. Después de morir, todo concluye.—II. Nadie ha venido nunca del otro mundo.

Para destruir todas las religiones, y tambien todas las virtudes humanas, ninguna cosa tan horriblemente eficaz como el enflaquecimiento de la fé referente á la vida futura. Porque la esperanza del premio anima y enciende sobre todo las almas generosas, y les pone casi alas al lado, así como el temor al castigo sobre toda ponderacion formidable no puede menos de refrenar la audacia del que cometer quiere un mal. Hé aquí por qué aquellos que han querido echarse completamente en brazos de sus pasiones, han recurrido á ciertos axiomas que vienen en su ayuda.

I. *Después de morir, todo concluye:* hé aquí el primero. ¿Qué se debe contestar? Ruego al lector que se fije bien. Si por gran merced divina no hubiéramos sido hechos cristianos, y yaciésemos aún en las sombras de la muerte, como estaban nuestros padres gentiles, y están todavía tantos pobres salvajes de la Oceanía ó de las Indias; si estuviésemos, digo, en esta condicion, ya el error sería intolerable, porque entre tantas sectas y errores, entre tantas religiones falsas y mentirosas que han existido y existen en el mundo, si exceptuásemos algunos pocos epicúreos, ninguna jamás, por estúpida y embrutecida que fuese, dejó de considerar como indudable una vida futura, donde recibirán las almas un premio ó una pena proporcionada á su modo de obrar bueno ó malo.

Podeis recoger esta verdad de las historias, las cuales nos hacen saber que cada pueblo admitió un infierno y un paraíso, bien que, sumergidos á veces

en locos errores, fingiesen un paraíso de placeres indignos ó un infierno de penas arbitrarias. Los poetas más célebres de la antigüedad, y los filósofos más sesudos, convienen en esto á una con los Códigos religiosos de todas las naciones. Virgilio, aunque gentil, describía el infierno en medio de la Roma pagana; lo describían los antiquísimos Hesiodo y Homero; hablaban de él los indios, los chinos, los persas, los egipcios y todas las naciones de la tierra, que partian de este principio, y ventilaban así la gran cuestion de la vida.

Ahora bien. ¿De qué modo lo han hecho todos los países para formar este juicio? ¿Tendría el valor de condenar á todos los hombres grandes y pequeños, doctos é ignorantes, en vez de proscribir á los pocos interesados en la gran causa de negar una vida futura para no haberla de temer? Si se debiese decidir este punto por razon de los testimonios, ora se considerase su número, ora su calidad, cualquiera puede ver que el *después de morir todo concluye*, quedaria pronto sentenciado.

¡Oh cuán eficazmente ha testificado todo el mundo su sentimiento relativo á la vida futura! Nadie dirá que los hombres quieren burlarse y reirse hasta cuando están al borde de la tumba. El dolor del que pierde á sus deudos, y el estado miserable á que se reducen nuestros cuerpos, quita hasta la sombra de la posibilidad. ¿Y qué hacen los hombres con sus difuntos en todas las naciones? La reverencia con que les tratan; las expiaciones que disponen para sus almas; los ritos, las ceremonias, y aún las supersticiones que se practican en consideracion á ellos, demuestran se cree, no sólo que hay para los muertos otra vida, sino tambien que pueden lograr ventaja de lo que por ellos se hace. Sería largo exponerlo todo, y aún inútil, porque ninguno de los que han desflorado siquiera un poco la historia puede dudar. Hay que decir, pues, que todas las naciones viven en el error, ó que, *después de morir, no concluye todo.*

Bien que sin buscar razones fuera de nosotros, en nosotros mismos existen las pruebas de que no

concluye todo con nuestra muerte. ¿Qué significacion tiene aquel deseo en el fondo de todos los corazones de una inmortalidad bienaventurada? Al ver que es tan universal y constante, no podemos negar que se nos ha estampado por mano de la naturaleza. ¿Y qué otra cosa es la mano de la naturaleza sino la mano de Dios, que podia no esculpirlo, ¿lo habrá esculpido precisamente para engañarnos y para burlarse de todas las generaciones humanas? No; no puede ser. Una sabiduría infinita no procede á la ventura, y no imprime un ánsia que no ha de tener efecto. No es, pues, un vano sentimiento el de la inmortalidad. Igualmente, ¿quién ha esculpido en el corazón de los hombres el temor á las penas de la otra vida? ¿Por qué temen los pecadores que su hora postrera se avecine? ¿Por qué conciben tal temor hasta los gentiles, sino porque todos sienten, no tanto por la proximidad de la muerte, cuanto la sentencia de un Juez que pedirá cuenta de lo que se ha hecho en vida?

Al sentimiento universal de la naturaleza se añadé el que se saca del mismo Dios para confirmarlo. Todos los que reconocen que Dios existe, no pueden desconocer que Dios es justo, pródigo y misericordioso. Un Dios que no fuese tal, dejaría de ser Dios; si no llega uno á la locura de negar la existencia del Omnipotente, necesario es que admita en El la justicia, la providencia, la bondad y la misericordia, lo cual equivale á reconocer la existencia de la vida futura. Porque ¿quién no ve que Dios sobre la tierra, por sus fines altísimos, y sobre todo para poner á prueba nuestra fidelidad, no quiere dar á los buenos la condigna compensacion, ni á los malos el castigo que merecen? Hasta los Santos se quejan de que el impío huella al bueno, de que el prepotente oprime al débil, de que el rico devora al pobre, de que el infucuo prospera con sus maquinaciones, con sus tramas, con sus iniquidades; y de que, por el contrario, el justo sucumbe y yacé sumido entre las lágrimas y el dolor, víctima de quien le oprime, le arruina y le roba. Ahora bien.

¿Por qué tolera Dios todo esto? Únicamente porque la opresion debe valer para prueba de fidelidad, para ejercicio momentáneo de virtud, y para distinguir los buenos de los malos; mas despues Dios no puede ménos de recompensar con larga retribucion á los buenos, y de imponer severamente castigos justos á los malos. Hé aquí por qué debe haber otra vida donde se haga todo esto, y se haga con toda santidad, justicia y misericordia. Cuanto son necesarias en Dios las perfecciones divinas, otro tanto es necesaria la vida futura, siendo, pues, falso que, *despues de morir, todo concluye.*

Sácase de aquí otra razon efficacísima contra aquel axioma impío. Si no hubiese otra vida en la cual se dispensase la justicia, tendrían razon todos los que viven muy perdidamente, que desfloran todas las delicias de la tierra, todos los placeres de la carne, y que, como los impíos de que se habla en el libro de la Sabiduría, no piensan sino en embriagarse con vino, en cubrirse de flores, en perfumarse con unguentos y en somorgujar el lábio en el cáliz de todos los deleites. Tendrían razon tambien aquellos que con la prepotencia, con los ultrajes, con las supercherías, y, por fin, con las violencias, con las rapiñas y con las matanzas, se procuran los bienes del mundo; porque como éste, por punto general, es de aquellos que lo usurpan si nada debe temerse ni esperarse de la vida futura, ¿por qué no gozar á lo ménos en la presente de lo que se pueda, y por qué no gozarlo á cualquier costa?

Hasta el nombre de virtud y de vicio desaparece de la tierra si no hay vida futura. Porque la virtud cuesta grandes trabajos, y el vicio, por el contrario, es sumamente conforme con nuestra dañada naturaleza. Si toda nuestra vida se ciñe á la actual; si la virtud no reporta inmensos y preciosísimos frutos para la eternidad; si el vicio, por el contrario, no produce lágrimas inconsolables en la otra vida, ¿qué motivo hay para practicar aquélla y guardarse de éste con tanta fatiga y tan inútilmente? Hé aquí por qué, *si muertos nosotros todo*

concluye, es preciso decir que Dios ha creado á los hombres, no para el bien, sino sólo para el mal; que no ha puesto en ellos orden alguno, sino que los ha dejado á merced de la casualidad; que nada le importa ni el vicio ni la virtud; que mira con los mismos ojos al que inmola toda su vida en los más hecóticos sacrificios, que al que la gasta en los más inhumanos delitos. Es preciso decir que Dios no es pródigo, ni justo, ni bueno: en una palabra, que no es Dios. Hé aquí á lo que viene á parar por fin aquel monstruoso axioma de que, *despues de morir, todo concluye*.

No obstante, lo habeis considerado hasta aquí prescindiendo de la fé cristiana; mas si lo colocais en los lábios de un católico, aquel dicho se os presentará con una horribilidad, aún mayor, si cabe, por ser una formal negacion de todo el Cristianismo. No tacheis, por favor, de exagerada esta proposicion ántes de haberla comprendido.

¿Qué cosa es el Cristianismo? Es una religion que, desechada la otra vida, se reduce á una aglomeracion de absurdos, de boberias y de falsedades. Los bienes que nos promete son espirituales, y no se pueden lograr en esta vida. Un reino feliz, alegrías ilimitadas, posesion beatífica de Dios; cosas grandes en exceso; mas todas para la vida futura ó la eternidad. Si *despues de morir todo concluye*, ¿á qué vienen y en qué paran dichas promesas, que son el gran fin de la religion cristiana? Los castigos con que conmina la ley evangélica son principal, por no decir únicamente, las penas ilimitadas del fuego, del crujir de dientes, del gusano de la conciencia y de la privacion de Dios en el fondo del infierno: mas todo esto en la vida futura. Si no hay vida futura, no hay castigo alguno: ¿qué se debe pensar entónces de todas aquellas amenazas?

Todo el Cristianismo, en los dogmas que propone para que se crean, y en la conducta que á observar obliga, está fundado en la vida futura. Raíz y fundamento de toda nuestra fé, como largamente lo explica San Pablo, es la resurreccion de Jesucristo, y la vida gloriosa que lleva en el cielo es

tipo de nuestra futura resurreccion y de la vida que conseguiremos un dia con El. Por esto nos propone nuestra fé creer explicitamente en la *vida eterna*. Si despues de morir todo concluye, ¿dónde está la eternidad de la vida, si ya no existe vida? La perfeccion que el Cristianismo aportó sobre la tierra, consiste, sobre todo, en que por los bienes futuros aborrecemos nosotros los presentes, y en que por lo espiritual y eterno no nos cuidamos de lo sensible y de lo temporal; mas sin la vida eterna resulta que todas las esperanzas que la fé nos da son puras ilusiones y engaños. Todas las virtudes cristianas nos llevan á despreciar los bienes exteriores, ó á combatir las ilusiones de los sentidos, ó á contener las exorbitancias del espíritu; mas todo esto, sin la compensacion de la vida eterna, nada significa. Porque ¿qué diriais del que os quitase todo aquello que teniais en la mano, v. gr., la casa, el dinero, los muebles, los bienes, bajo promesa de que os conduciria á un país amenísimo y á un palacio ricamente provisto, si despues resultaba que no existian el país ni el palacio? Seria un traidor que os habia quitado lo que poseiais, en cambio de lo que no podia daros. Lo mismo podriais decir de Jesus, el cual, con las virtudes que os manda, os despojaría de los bienes exteriores, de los deleites del cuerpo y de las satisfacciones del espíritu, prometiéndoos superabundantes bienes en la otra vida, sin poderos dar nada de lo prometido, porque, en el supuesto de los mencionados, no existe siquiera otra vida.

Fuera de que ¿á dónde iria á parar toda la certeza de la santa fé? Nosotros no creemos en ésta sin motivos muy poderosos y sin razones potísimas que á ello nos impelen. Las hemos indicado en otro lugar: son pruebas históricas de hecho, pruebas de razon y pruebas de experiencia. Concurren á confirmarnos en la fé las voces de Dios, con las profecías, con los milagros, con los mártires, con la propagacion y conservacion prodigiosa de la Iglesia. Concurren los hombres más sábios de la tierra con su consentimiento, con su autoridad y con sus pro-

fundos razonamientos. Concorre hasta el infierno con su furor y con reconocer visiblemente la potencia del Cristianismo. Hasta tal punto, que, como se dijo en la Escritura, los testimonios dados por Dios á este propósito, no solamente son bastantes, sino excesivos: *testimonia tua credibilia facta sunt nimis*. Mas todos estos testimonios que ponen fuera de duda nuestra fé, ¿qué testifican principalmente? La vida futura, porque la vida futura en el cielo es la que nos proponen para que la logremos. Para la vida futura está fundada la Iglesia santa, que combate aquí sólo para triunfar en la celestial Jerusalem. Todos los Sacramentos se han establecido como medios para llegar á la vida futura. En la oracion principalmente pedimos la vida futura. Ahora bien. Si *despues de morir todo concluye*, según dicen los impíos, es preciso renegar de la fé, de la Iglesia, de los Sacramentos, de las oraciones, del Cristianismo entero, y proscribir los mártires, los Profetas, los Apóstoles y los Doctores; porque, poniéndose todos de acuerdo, nos han engañado. Estoy seguro de que, no digo un católico, sino cualquier lector juicioso, se horrorizará de arrojarse en abismo tan grande: sin embargo, se precipitan en él todos los que dicen intencionadamente aquellas palabras impías.

Por lo demás, ¿las creyeron verdaderas áun los propios que las inventaron? Todo lo contrario. El mismo Voltaire, que tanto hacía para convencerse de que no habia paraíso é infierno, para no tener que esperar aquél ni concebir temor á éste, nunca lo consiguió. Escribiéndole uno de sus amigos malvados que finalmente habia logrado quitarse el pavor del infierno, con su aire burlon de costumbre, para demostrarle que no le creía, «vos, contestóle, sois más afortunado que yo, porque aún no lo he conseguido.» Y lo que dijo en vida lo dijo en muerte cuando envió á buscar el confesor, si bien, por justo juicio de Dios, no lo pudo ver. De modo igual obraron muchos de aquellos famosos incrédulos, los cuales cerca de la muerte creyeron en la otra vida, hasta el punto de querer reconci-

liarse con Dios. Hay sólo un medio para poder morir friamente sin temor á lo que vendrá: haber unido á una extrema malicia una ignorancia extrema por todo el curso de la vida, de cuanto es, no digo Cristianismo, sino sentimiento religioso. Vea, pues, cada uno lo que dice al repetir aquellas palabras monstruosas.

II. El otro axioma es: *Nunca ha venido nadie del otro mundo á decirnos cómo van allá las cosas*. El que ha comprendido lo manifestado más arriba, no tiene necesidad de respuesta especial para este nuevo dicho: haremos con todo, con motivo de él, algunas observaciones.

Ninguno ha venido nunca del otro mundo. Sea, podré yo contestar; por esto es terriblemente caer malamente en el otro mundo, porque nadie retorna de él. Por lo demás, ¿no tendremos modo alguno de saber las cosas, aunque ninguno haya venido del otro mundo á decirnoslas? ¡Cómo! ¿No tenemos nosotros, que estamos en este mundo, la razon, que nos descubre muchas cosas que no caen bajo los sentidos y que no son testificadas por otros hombres? Si sólo quereis creer en vuestros ojos corpóreos, os será preciso renunciar á todas las verdades que se deducen por raciocinio. ¡Gran Dios! ¡Se ha estudiado tanta filosofía en nuestros tiempos, que hasta se precian de filósofos los muchachos que van á la escuela, y despues no se cree lo que se deduce por raciocinio! ¿Por qué, pues, creéis que dos y dos son cuatro, y que diez añadidos á diez hacen veinte? ¿Quién ha venido del otro mundo á decirnoslo? — ¡Oh! Para esto basta el raciocinio. — ¡Y no basta el raciocinio para comprender que Dios es justo, y que, siéndolo, es preciso que castigue á los malos y premie á los buenos? ¿Y que no haciéndolo en esta vida lo ha de hacer en otra? ¿No basta el raciocinio para comprender que si hay un Dios, se necesita una religion; que si un Dios hála revelado, es preciso creerla; que si ha hecho milagros de todas clases en favor del Cristianismo, debe ser verdadero, y así sucesivamente de otras verdades innumerables?

Si se trata de aquellas verdades que sobrepujan el raciocinio, y que pertenecen á la santa fé, ¿es verdad que ninguno haya venido del otro mundo á decirlas? ¿No han vaticinado los Profetas el porvenir, inspirados por quien estaba en el otro mundo? El Hijo de Dios, ¿no estaba quizás desde toda la eternidad en el seno del Padre, y haciéndose hombre, no ha venido á anunciarnos lo que había allí aprendido? ¿No lo han oído los apóstoles de la boca? ¿No habló con ellos ántes y despues de la Resurreccion? Los santos Evangelios, ¿no son quizás la palabra de quien ha venido expresamente del otro mundo para amaestrarnos? Existe, por tanto, el maestro, y es fidedigno, y es eficaz, y es un Dios: y la razon bien empleada nos convence de ello. ¿Qué sentido tienen, pues, aquellas palabras *ninguno ha venido del otro mundo?*

Fuera de que si aquel dicho llegase á ser la regla de las humanas acciones, bastaria esto para que cayera el hombre en el báratro de la más monstruosa ignorancia y del más estúpido embrutecimiento que jamás se ha podido imaginar. Porque ¿qué sonaria en la práctica? Que todo lo relativo á la religion es incierto, y que todo se puede olvidar sin daño alguno. Con ningun otro fin usan aquel dicho, á lo ménos los que lo entienden. Ahora bien. Esto, ¿qué es sino proclamar que no hay verdades religiosas, y por consiguiente que no hay verdades morales? Si la verdad religiosa es dudosa, es como si no fuese. Los hombres ora recalcitran, ora se rebelan contra las leyes ciertas, solemnemente promulgadas y con rigor mantenidas: considerad si estarian dispuestos á someterse á leyes dudosas y á leyes inciertas. Las verdades religiosas, además, y sobre todo las cristianas, imponen pesos á nuestra naturaleza enferma, no fáciles de sostener; hé aquí por qué, con el interés que tienen las pasiones en sacudir las, no bien fueran objeto de duda, nada quedaria en pié. Por esta razon proclamar que *ninguno ha venido del otro mundo*, equivale á decir en la práctica que estamos libres de toda ley humana y divina, que obre cada uno como mejor le

parezca, y que despues de vivir estos pocos dias y de gozar cuanto se pueda en el mundo, volveremos á la nada, de donde salimos.

¡Cómo! ¡Dios ha ensalzado á los hombres hasta el punto de hacerlos poco inferiores á los ángeles, y hay, sin embargo, quien hallaria toda su ventura en ser igual á los cerdos! Conviene decir que quien aspire á tan noble ventaja reconozca en sí esas cualidades; más vosotros, lectores sesudos, sabiendo que las verdades que creemos han sido publicadas por Aquel que estaba y está en el seno del Padre, no os conmoviereis por estas voces de áspid y de serpiente.